

1

Fecha 221.11.28 | Hora 9.23 a.m.

STEPHEN, STEPHEN, STEPHEN. ME LLAMO STEPHEN.

Había estado repitiéndolo una y otra vez para sus adentros durante los dos últimos días, desde que lo habían apartado de su madre. Recordaba cada segundo de los últimos instantes con ella, cada lágrima que había caído por su rostro, cada palabra, el calor de su mano. Era pequeño, pero entendía que era lo mejor. Había visto a su padre desplomarse en la más completa demencia, puro enojo, hedor y peligro. No podía soportar contemplar que a su madre le pasara lo mismo.

Aun así, la tristeza de la separación lo devoró. Como un océano que lo succionaba hacia abajo con una frialdad y una profundidad interminables. Estaba tumbado en la cama de su pequeño dormitorio, las piernas recogidas contra el pecho y los ojos apretados, hecho un ovillo, como si eso fuera a atraer el sueño. Pero desde que se lo habían llevado, el sueño solo había venido de forma esporádica, en fragmentos llenos de nubes oscuras y aullidos de fieras. Se concentró.

Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen.

Pensó que tenía dos cosas a las que aferrarse: sus recuerdos y su nombre. Seguramente no podrían quitarle los recuerdos, pero estaban intentando robarle su nombre. Durante dos días, lo habían presionado para que

aceptara su nuevo nombre: Thomas. Se había negado y se había aferrado con desesperación a las siete letras que los de su propia sangre habían elegido para él. Cuando las personas de chaquetas blancas lo llamaban Thomas, no respondía; actuaba como si no pudiera oírlos o como si pensara que le estaban hablando a otro. No era algo fácil cuando solo había dos personas en la habitación, que era lo usual.

Stephen todavía no tenía ni cinco años y, sin embargo, su único vistazo del mundo había estado lleno de oscuridad y tristeza. Y luego vino esa gente y se lo llevó. Parecían decididos a hacerle entender claramente que las cosas solo podían empeorar, cada lección era más dura que la anterior.

Sonó un zumbido en su puerta y luego se abrió de inmediato. Ingresó un hombre vestido con un traje de una sola pieza de color verde, que parecían pijamas para adultos. Stephen quería decirle que se veía ridículo, pero basado en los últimos encuentros que había tenido con esas personas, decidió guardarse su opinión. Su paciencia estaba comenzando a agotarse.

—Thomas, ven conmigo —dijo el hombre.

Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen.

No se movió. Mantuvo los ojos bien cerrados, esperando que el desconocido no hubiera notado que había espiado furtivamente cuando ingresó. Se había presentado una persona diferente cada vez. Ninguno se había comportado de manera hostil, pero de todas maneras, ninguno había sido muy agradable. Todos parecían distantes, abstraídos en sus pensamientos, lejos del niño que estaba solo en la cama.

El hombre habló nuevamente, sin tratar de ocultar la impaciencia en su voz.

—Thomas, levántate. No tengo tiempo para juegos, ¿entiendes? Nos están haciendo trabajar mucho para que armemos todo y oí que eres uno de los últimos en resistirse al nuevo nombre. Ayúdame un poco, hijo. ¿Realmente te parece que vale la pena pelear por esto? ¿Después de que te salvamos de lo que está sucediendo afuera?

Stephen se obligó a quedarse quieto y el resultado no fue más que una rigidez que era imposible que pareciera que estaba durmiendo. Contuvo

la respiración hasta que finalmente tuvo que inhalar una gran bocanada de aire. Dándose por vencido, giró sobre su espalda y le echó al extraño una mirada asesina directamente a los ojos.

—Pareces un estúpido —comentó.

El hombre intentó ocultar la sorpresa, pero no pudo; una expresión divertida atravesó su rostro.

—¿Disculpa?

La ira se agitó dentro de Stephen.

—Dije que pareces un estúpido. Ese ridículo overol verde. Y deja de actuar. No pienso hacer lo que tú quieres que haga. Y de ninguna manera me voy a poner nada que se parezca a esos pijamas de viejo que llevas. Y no me llames Thomas. ¡Mi nombre es Stephen!

Dijo todo sin detenerse a respirar, y luego tuvo que tomar otra gran bocanada de aire, esperando que eso no arruinara el momento ni lo mostrara débil.

El hombre rio, y su risa sonó más divertida que condescendiente, pero igualmente Stephen sintió ganas de arrojarle algo.

—Me dijeron que tenías cualidades... —el hombre hizo una pausa y echó una mirada al anotador electrónico que llevaba—...adorablemente infantiles. Me temo que no las veo.

—Eso fue antes de que me dijeran que tenía que cambiarme el nombre —argumentó—. El que me dieron mi mamá y mi papá. El que ustedes me quitaron.

—¿Te refieres al papá que se volvió loco? —preguntó—. ¿El que estaba tan enfermo que casi mata a golpes a tu mamá? ¿Y la mamá que nos pidió que te lleváramos y que cada día está más enferma? ¿Esos padres?

Stephen permaneció en la cama, ardiendo de indignación, pero no dijo nada.

El hombre vestido de verde se acercó a él y se inclinó.

—Mira, eres solo un niño y obviamente, uno brillante. Realmente brillante. También inmune a la Llamarada. Tienes mucho a tu favor.

Stephen percibió la advertencia en la voz del visitante. Lo que viniera a continuación *no* sería bueno.

—Tendrás que aceptar la pérdida de algunas cosas y pensar en algo que vaya más allá de ti mismo —prosiguió—. Si no encontramos una cura en pocos años, no habrá más seres humanos. De modo que esto es lo que sucederá, *Thomas*. Te vas a levantar, saldrás conmigo por esa puerta y no te lo volveré a repetir.

El hombre esperó un instante, la mirada firme; luego, se incorporó y dio media vuelta para marcharse.

Stephen se levantó y salió tras él.